

A los 45 años del 10 de agosto

# Sanjurjo, ¿quiso ser el general de la República?

Pedro Rico

Con su figura oronda y bonachona, Pedro Rico fue uno de los personajes más populares y queridos de la II República. Alcalde de Madrid entre 1931 y 1936, su gestión municipal le hizo ganar el respeto y cariño de sus conciudadanos, quienes veían en él al político honrado y trabajador que se esforzaba en plasmar en realidades sus principios e ideas republicanas. Tras la derrota en la guerra civil, Pedro Rico tuvo que emprender el largo y duro camino del exilio. En la ciudad francesa de Aix-en-Provence estuvo retirado sus últimos años, ganándose modestamente la vida como lector de castellano en un centro de Enseñanza secundaria. Allí fue también donde, dentro de los primeros años cincuenta, redactó una serie de artículos para «El Tiempo», de Bogotá, entre los que figuraba el que, en exclusiva nacional y autenticado por la firma de su autor, TIEMPO DE HISTORIA publica a continuación. (Junto a estas líneas, Pedro Rico según caricatura de Bayo en «Mundo Gráfico»).





«¿Se hubiera podido evitar? ¿Hubiera cambiado esto el rumbo de la Historia de España?», se pregunta Pedro Rico respecto a la sublevación dirigida por el general Sanjurjo el 10 de agosto de 1932. La foto adjunta está tomada durante el escaso tiempo en que Sanjurjo fue dueño de Sevilla: junto a él, su hijo, el teniente coronel Varea, de la Guardia Civil, y el general García de Herranz.

## I UNA NEBULOSA HISTORICA

**C**ONFIESO que muchas veces me he formulado a mí mismo la pregunta que sirve de título a este trabajo, tanto en las horas inquietantes que fueron prelude de nuestra guerra civil, como en las trágicas de ésta, y en las amargas del exilio que las siguieron; y en todas ellas, mi conciencia y mi convicción, después de las más reflexivas meditaciones, después del más atento y sereno estudio de todos los antecedentes, reviviendo los hechos, bien grabados en mi memoria, me ha dictado siempre una respuesta afirmativa, no acertando jamás a explicarme por qué no se utilizó para conservar nuestra República a quien había prestado un tan eficaz, patriótico y desinteresado concurso para instaurarla.

Tampoco me he explicado satisfactoriamente por qué desde los primeros momentos se silenció, se hizo el vacío, en torno a aquella actuación decisiva del General Sanjurjo, por los mismos que, al igual que yo, la conocían y que tenían una autoridad y jerarquía mayor que la mía, y que al preferir dejarla en el misterio y la sombra, marcaban como una pauta, trazaban una línea de conducta a que debié-

ramos atenernos los que, conocedores de los hechos históricos, ignorábamos, sin embargo, los altos intereses que, indudablemente, intentaban proteger con tal falta de publicidad los que en aquellos instantes tenían sobre sí las altas responsabilidades del poder.

Y a este extraño dejar, cuando menos, en la penumbra, la colaboración del general Sanjurjo en los trabajos preparatorios del advenimiento de la República, se debe lo paradójico de que en el estudio de acontecimiento de tal magnitud histórica, que marcó en la vida de España el comienzo de una etapa pletórica de esperanzas redentoras, se haya analizado minuciosamente todos los detalles (tanto las manifestaciones externas de alegría popular festejadora de un triunfo, como las misteriosas corrientes sociológicas que dieron vida a aquel estado de conciencia colectiva, sin omitir el estudio de las causas políticas y sociales determinantes de ella, ni de las aportaciones, exagerándolas a veces en sus valoraciones de cantidad y de calidad, de los diversos partidos y agrupaciones que integraron o dirigieron las grandes masas de electores que el día 12 de abril de 1931, al llenar las urnas electorales de papeletas, republicanas realizaron la más honda revolución, la más palpable demostración del valor de la democracia —aún no estudiado debidamente—) y en cambio no haya



A lo largo de los años veinte y treinta, en el Ejército de Africa fueron germinando una serie de actitudes ideológicas que tendrían su culminación el 18 de julio de 1936. Sobre estas líneas, el general Sanjurjo en compañía de Francisco Franco. Era el 21 de noviembre de 1921 y se luchaba por Ras-Medum (Melilla).

sido no ya estudiado, más ni siquiera mencionado, uno de sus factores esenciales, tan esencial como que fue el que impidió que en los días trece y catorce de abril de 1931 se esterilizara desde las alturas del poder aquella cívica manifestación de ciudadanía, desconociendo su valor exponente de la voluntad de la nación, y ahogando quizás en la propia sangre del pueblo, por la violencia y la fuerza, la explosión de entusiasmo popular que derribaba sin odios ni rencores un régimen secular, viejo de quince siglos, y establecía otro de cuya legitimidad de origen y de cuyo nacimiento, entre el cariño, la alegría y las esperanzas de todos, nadie puede dudar.

La opinión pública, con su certera intuición, con su firme sentido o si se quiere instinto de las realidades políticas, vio desde el primer momento cómo la actividad de la Guardia Civil, tanto ante las contiendas electorales como ante las posteriores manifestaciones de la impaciencia popular por recoger los frutos de su victoria, no podía ser obra espontánea, colectiva, de las fuerzas que integraban el Instituto armado, ya que, de ser así, las actuaciones y comportamientos habrían de haber sido diferentes, según los diversos criterios de jefes e individuos, y detrás de aquella actuación

idéntica, de aquel ponerse unánime e incondicionalmente todas las fuerzas al servicio de la voluntad triunfante del pueblo, adivinó la existencia de una sola y enérgica personalidad, a cuyo imperio y autoridad responden todas las otras, con bien disciplinada obediencia, y el nombre de Sanjurjo empezó a sonar, pero sin que nadie precisase en virtud de qué compromisos o de qué causas había actuado así, atribuyéndolo unos a su resentimiento con el Rey por su comportamiento con el su grande amigo ya fallecido general Primo de Rivera, y otros a simples ambiciones de poderío y mando. Pronto, ante la falta de explicación de la conducta del general y entre el torbellino pasional de aquel momento, se acallaron tales rumores y el nombre de Sanjurjo dejó de ser en la actualidad histórica del momento presente para recordarle tan sólo en los más pretéritos de su historia...

Esto ha permitido, unido a sus actuaciones posteriores, que los elementos demagógicos, adueñados hoy del poder en España, se hayan apropiado su nombre, atribuyéndoselo como uno de los suyos, amigo de las dictaduras y del predominio militar, cuando puedo afirmar que, a más de su ardiente patriotismo, de su fervoroso amor a España, y quizás por ello mismo la razón más poderosa que movió su ánimo para servir la causa popular, fue el no querer que se volviera a utilizar el Ejército para gobernar contra el pueblo, sin su voluntad, o para desconocer o sojuzgar ésta. De haber sido él el triunfador en la guerra civil, bien puede afirmarse que otros hubieran sido los derroteros seguidos y que él no se hubiera prestado a hacer del Ejército una amalgama con la Falange, en contra de la Nación. Este pensamiento suyo quizá pueda explicar el misterio de su muerte y el cuidado exquisito con que se ha querido encubrir todos los detalles de ella, sin perjuicio de pretender, con aparente fervor, incluirle en el libro de honor de la Cruzada...

#### **EL CONDE DE ROMANONES HA DESCORRIDO EL VELO QUE OCULTABA LA VERDAD**

Por fortuna para la verdad histórica, el Conde de Romanones, en su precioso e interesante folleto «Y sucedió así...» ha dejado perfectamente establecida toda la actuación del General Sanjurjo en aquellas fechas memorables de la historia de España, demostrando hasta la evidencia cómo la actitud del general, sus respuestas a las preguntas dirigidas por los Ministros acerca de hasta qué punto se podría

contar con la Guardia Civil, fueron las que hicieron ver en aquellas alturas que la batalla estaba irremediadamente perdida, que el último capítulo de la Historia de la Monarquía estaba escrito, y que no habría otra autoridad que la que había nacido de las urnas electorales el día 12.

Esta magnífica aportación del Conde de Romanones, al estudio histórico del advenimiento de la segunda República española, vino a remediar el vacío, la perplejidad en que nos había dejado precisamente quien, por ser uno de los protagonistas, más obligado estaba a narrarlo en todos sus detalles, entregando a la posteridad el conocimiento de las razones y compromisos determinantes de la actitud de Sanjurjo que el ilustre Conde no podía conocer nada más que en sus consecuencias, en sus actos exteriorizadores: me refiero a don Alejandro Lerroux, en su libro «La pequeña historia España 1930-1936».

Sorprende, efectivamente, ver que personaje de tan alto relieve y de actuación tan personal, importante y directa en los trabajos revolucionarios, no consagra nada más que la mitad de una página a narrar sus entrevistas con personalidades de tal jerarquía como el general don José Sanjurjo, Director a la sazón de la Guardia Civil, y don Julián Besteiro, Presidente del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores. Pero sorprende más aún el fondo de la forma de la narración, en la que con referencia al último de esos personajes se limita a decir: «Salía con frecuencia de mi clínica para establecer contactos con aque-

llos a quienes no era fácil conducirlos a ella; uno es Besteiro, cuyo concurso me parecía necesario por su autoridad moral, por su significación y por su responsabilidad compensadora de la insolvencia de otros elementos de su partido. Celebré con él dos conferencias.» Y no dice con respecto a él ni una palabra más.

«Otras dos tuve —continúa diciendo Lerroux— con el general Sanjurjo a la sazón Director de la Guardia Civil. Era amigo mío desde teniente, frecuentador de nuestra peña periodística en el café de Fornos. Pretendía conseguir por lo menos la neutralidad benévola del benemérito Instituto. Lo pretendí en vano, aunque en realidad no era secreta su simpatía por la República, pero el general no contrajo conmigo compromiso alguno.

Departimos de silla a silla. No estaba hecho para la polémica. Me miraba socarrón, con su mirada de hombre de bien, y cuando se sentía acorralado me daba una palmada sobre la rodilla y moviendo la cabeza de un lado a otro exclamaba: Don Alejandro, don Alejandro, en dos diapasones distintos, pero no soltaba prenda...»

¿Es verosímil este relato? ¿Puede concebirse que quien como el general Sanjurjo tenía una tan alta responsabilidad y ejercía un cargo de tan elevada autoridad, acudiese a conferencias secretas repetidas con un jefe político, que era público y notorio realizaba trabajos de conspiración republicana y revolucionaria y a quien por ello estaba obligado, en razón de su cargo, a detener, y que lo hiciera en recuerdo de haber sido contertulio de café un cuarto de siglo antes y tan sólo para dar a su interlocutor



«No he acertado jamás a explicarme por qué no se utilizó para conservar nuestra República a quien había prestado un tan eficaz, patriótico y desinteresado concurso para instaurarla», dice Pedro Rico al hablar de Sanjurjo, presente en esta imagen junto a su esposa.

«palmaditas en la rodilla», sin hablar ni resolver nada concreto en sentido afirmativo o negativo?

### **LA VERDAD ES QUE SANJURJO LLEGO A UN PACTO CON LOS REPUBLICANOS REPRESENTADOS POR LERROUX**

Las conferencias de Sanjurjo con Lerroux tuvieron otra tramitación para celebrarse, otra significación y una grandísima importancia; para darse cuenta de lo cual basta recordar la frase evangélica: «Por sus frutos los conoceréis»... Y esto es lo cierto, pues viendo los que produjo el comportamiento del general Sanjurjo y de las fuerzas a sus órdenes, resulta demostrado hasta la evidencia que fueron muy otros sus tratos con los republicanos, y de que cumplió todo aquello a que se había comprometido, con una honradez a toda prueba,



«Tampoco me he explicado satisfactoriamente —continúa Rico— por qué desde los primeros momentos se silenció, se hizo el vacío, en torno a aquella actuación decisiva del general Sanjurjo». Se refiere con estas palabras el Alcalde de Madrid al hecho de que nadie valoró la colaboración importante prestada por Sanjurjo (aquí, con uno de sus hijos) al advenimiento de la II República.

con una lealtad ejemplar y con un patriotismo y un desinterés tan elevados, que le debieron hacer acreedor a la gratitud de todos los españoles en general y de los republicanos en particular.

¿Por qué pretende don Alejandro Lerroux ocultar el sentido y valor de lo concertado con Sanjurjo? ¿Por qué pasa como sobre ascuas, sin mencionarlo siquiera, por su comportamiento en las elecciones y en los días 13 y 14 de abril? ¿Es por complacer a los tenedores o detentadores, mejor dicho, del poder político en España a la fecha en que él escribe y permitirles así conservar como exclusivamente suyo el prestigio del general Sanjurjo? ¿Fueron otros los motivos determinantes de su voluntad para ocultar, disfrazándola, la verdad?

Ni lo sé ni pretendo perder el tiempo meditando para descubrirlo, porque ello nada importa a la finalidad de mi trabajo, que es tan sólo contribuir al restablecimiento de la verdad histórica narrando aquellas entrevistas con la esperanza de que su relato, al hacer conocer la realidad de la actuación del prestigioso general en aquella primavera de 1931, permita examinar a todos con serenidad e imparcialidad absolutas, su conducta posterior, que no pretendo disculpar ni justificar, pero que, tanto una como otra, merecen una honda meditación por parte de todos, pueblo y políticos, para sacar de ellas en el porvenir las lecciones y enseñanzas que, sin duda alguna, contienen.

### **COMO Y POR QUIEN SE PREPARO LA HISTORICA ENTREVISTA ENTRE LERROUX Y SANJURJO**

Al ser encarcelado el Gobierno provisional de la futura República, en diciembre de 1930, confió a don Alejandro Lerroux que, aunque oculto, continuaba en libertad, la misión de proseguir los trabajos revolucionarios. Lerroux, en cuyo partido yo no había figurado nunca, pero con el que me unía una sincera amistad personal, que era reanudación de la antigua que le había relacionado con mi abuelo y con mi padre, me pidió, como miembro que era yo del segundo Comité Revolucionario, que practicase algunas gestiones con determinadas entidades y personas. Con tal carácter transmití diversas consultas suyas a don Niceto Alcalá Zamora, e instrucciones de éste para Lerroux. Pero la misión que casi exclusivamente realicé fue la de mantener su comunicación con el Partido Socialista, por mediación de don Julián Besteiro, con quien me entrevistaba casi a diario.

Una mañana, a mediados del mes de enero de



Desde las ocho de la mañana del 10 de agosto de 1932, secciones del Ejército y de la Guardia Civil leyeron en Sevilla —de la manera que reproducimos— el bando por el que se comunicaba a la población que Sanjurjo se constituía en capitán general de Andalucía, declaraba el Estado de Guerra y destituía a las autoridades.

1931, cuando aún no se había publicado el Decreto, que apareció días después —el 7 de febrero— convocando a elecciones de Diputados a Cortes, en las que ya de antemano se comentaba, expresándose casi unánimemente la opinión, que no sólo los partidos de oposición republicana, sino incluso los monárquicos, se abstendrían de intervenir, recibí un aviso urgente de Lerroux diciéndome que lo más rápidamente que pudiera procurase ponerle en relación con algún jefe militar, con mando de fuerzas y de la mayor jerarquía o importancia posibles. Decidido a dar cumplimiento al difícil encargo, para lo que tropezaba, además, con el inconveniente personal de mi falta absoluta de relaciones y amistades en los medios militares, comencé a torturarme la memoria en busca de quien pudiera facilitarme la tarea, poniéndome en relación con algún «espadón» de las condiciones requeridas. Tuve la fortuna de recordar que mi gran amigo, el festivo poeta y autor de saladísimos sainetes madrileños, don Antonio Casero, que había sido Concejal romanonista del Ayuntamiento de Madrid, era también amigo del general Sanjurjo.

Dispuesto a jugar esta carta, cuyo valor consideraba inapreciable, pero cuyas dificultades

no se me ocultaban, fui a ver al amigo Casero hacia el mediodía a una cervecería de la Glorieta de Bilbao, donde sabía se reunía a diario. Efectivamente, allí le encontré y, llamándole un momento aparte, le dije, sin preámbulos: «¿Puede usted ponerme en relación con el general Sanjurjo?» «¿Para qué quiere usted entablar esa relación, amigo Pedro?» —me interrogó a su vez—. «Sabe usted, querido Antonio —le dije—, que soy un hombre incapaz de engañar ni de traicionar a un amigo, y como sé que tiene usted la misma condición, no le oculto que quiero solicitar el concurso del general, para trabajar de acuerdo con él, por la implantación de la República. Si le parece a usted bien... me facilita una entrevista con él... y si no, pues... ¡no hemos hablado nada!»

Meditó un instante... «No, a mí no me parece mal —me respondió— ni creo, tal como están las cosas, que le parezca mal a nadie... ni al mismo Sanjurjo... Pero yo no tengo confianza para proponerle una cosa así.» Tras una nueva pausa, habló de nuevo diciéndome: «¿Estará usted en su casa esta tarde a las cuatro?» «A su disposición», le respondí. «Pues entonces le diré que vaya a verle a usted a esa hora Ubaldo Azpiazu, a quien usted debe conocer; es ese amigo mío, militar, que va conmigo siempre a



Uno de los escasos núcleos que en Sevilla resistieron a la iniciativa de Sanjurjo, fue Capitanía, donde el general González, jefe de División, mantuvo fidelidad al Gobierno republicano. Sin embargo, el poder de Sanjurjo era más fuerte en aquellos momentos y así destituiría a su opositor en el instante que registra la fotografía.

los toros; es íntimo de don José y puede usted hablarle con toda confianza.»

En efecto, a las cuatro en punto de la tarde se presentó en mi casa el Teniente Coronel de Administración Militar don Ubaldo Azpiazu, que luego fue Diputado en las Cortes Constituyentes, figurando en el grupo o minoría radical, y me dijo con laconismo militar: «Antonio me ha indicado sus pretensiones... y yo le he hablado algo de ello al General que en principio está dispuesto a entablar esas conversaciones», y luego añadió: «¿Quiere usted telefonar mañana a la una al restaurant del Club del Campo, en Puerta de Hierro, y si estamos solos el General y yo almorzará usted con nosotros... y si no, ya nos pondremos de acuerdo para vernos?»

Telefoneé a la hora y sitio indicado, y Azpiazu me dijo que, como no habían podido despren-

derse de unos amigos, que iría a verme a mi casa a las cuatro, llevándome la respuesta del General Sanjurjo, con quien ya había hablado ampliamente.

Aguardé con la natural impaciencia, y a la hora convenida tuve la alegría de escuchar de labios de mi visitante que el General estaba conforme en establecer esos contactos, y que únicamente me preguntaba, haciendo toda clase de salvedades en honor mío, que si yo era quien tenía que tratar directamente con él, desde luego se ponía incondicionalmente a mi disposición, pero que si la entrevista tenía sólo por objeto ponerle en relación con otras personas o comité, que lo hiciéramos ya directamente, porque en razón de su cargo oficial no creía oportuno prodigar las entrevistas. Además, me rogaba le indicase los nombres de las personas o persona con quien tendría que entrevistarse, ya que con unas, como conmigo, estaba dispuesto a conversar, pero con otras no.

Me pareció muy lógica su actitud y le respondí que efectivamente se trataba de ponerle en relación con don Alejandro Lerroux, respondiéndome don Ubaldo que aunque creía que el jefe radical era persona grata a Sanjurjo, lo pondría en su conocimiento y al día siguiente a la misma hora me traería la respuesta.

Esta superó a todas las esperanzas que yo tenía puestas en el asunto, pues el señor Azpiazu me comunicó, en nombre del General (al propio tiempo que acompañaba a sus palabras con una nota con el número de todos los teléfonos particulares y oficiales, de los diversos sitios en que podría encontrarse, con expresión de las respectivas horas) que me autorizaba para que le avisase, a la hora que mejor me pareciera de día o de noche, con sólo un cuarto de hora de anticipación, estando asimismo dispuesto a ir en el coche que llevásemos para buscarle y que si era yo sólo el que le acompañara y lo juzgase necesario, no tendría inconveniente en dejarse vendar los ojos.

Contesté con la emoción natural que agradecía íntimamente, y que así le rogaba se lo transmitiese al General la confianza que hacía en mí, y que aunque no creía fuesen necesarias tales precauciones, todo ello fielmente sería comunicado a don Alejandro Lerroux.

Así lo hice, y a los dos días, un lunes por la mañana, recibí una nota de puño y letra de Lerroux —se quedó en mi archivo en Madrid, pues la conservaba como recuerdo histórico— en la que correspondiendo a la caballerosa hidalguía del General Sanjurjo con otra de la misma estirpe y elevación espiritual, me decía textualmente: «Cite usted a nuestro amigo,

con cuarenta y ocho horas precisas de antelación, para que el próximo viernes a las seis y media de la tarde, tenga la bondad de pasar por la Plaza de la Villa, número 1, piso principal, domicilio de don... V... y usted venga a las seis.»

Cumplí el encargo y así se preparó la entrevista entre el General Director de la Guardia Civil, don José Sanjurjo, y el viejo luchador republicano don Alejandro Lerroux, que tuvo como consecuencias inmediatas que, por primera vez en España, se verificaran unas elecciones sinceras en las que el pueblo español expresara libremente su voluntad y que ésta fuese acatada. Tal entrevista no sólo por sus efectos, sino por la grandeza de alma y el noble espíritu patriótico de los interlocutores, bien merece el título de **histórica**.

## II

### LA ENTREVISTA HISTORICA

Ni qué decir tiene que acudí con toda puntualidad el día señalado para la conferencia entre Lerroux y Sanjurjo. Mientras esperábamos la llegada de éste, tuve la íntima satisfacción de escuchar de labios de don Alejandro la más calurosa felicitación por el tino con que había llevado las gestiones y el éxito que las había coronado. También hablamos sobre el posible resultado de la conversación, transmitiendo yo mi optimismo a Lerroux. Como durante toda la tramitación yo no había hablado personalmente con el jefe republicano, limitán-

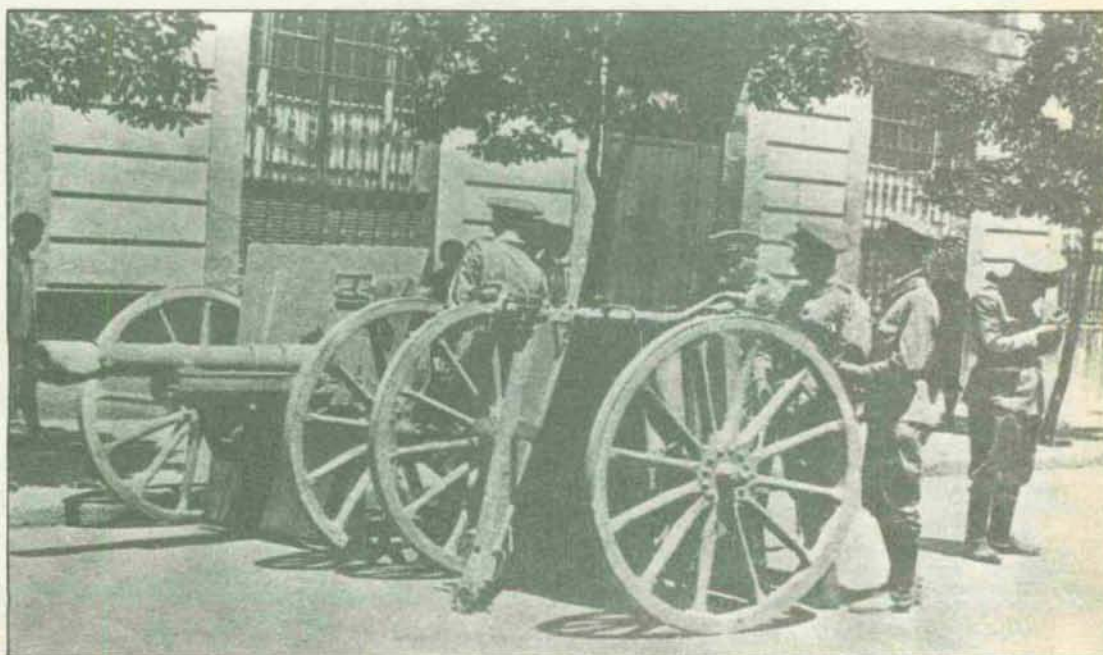
dome a transmitirle notas brevísimas, cuando le precisé, ahora de palabra, los detalles, lo que pudiéramos decir los imponderables, de mis entrevistas con Azpiazu, se aumentaron y reforzaron sus esperanzas en el resultado definitivo.

Al sonar la campanada de las seis y media en el reloj del hermoso, y para mi pleno de recuerdos de evocación emotiva, edificio del Ayuntamiento de Madrid, situado en la misma plaza de la Villa, en que está la casa en que se celebró la conferencia, llamaba a la puerta del piso el general don José Sanjurjo.

Yo pasé, antes de que él entrase, a una habitación inmediata, separada por un simple tabique y con la comunicación de una puerta vidriera, con cristales esmerilados, que impedían la vista pero que permitían oír perfectamente todo lo que se hablaba.

Por vocación y afición nativa, por interés profesional, he sido toda mi vida un amante de la oratoria y un admirador de los grandes oradores. He escuchado con deleite a todos los de mi tiempo y he leído con fervor entusiasta a los de los anteriores, desde los clásicos griegos y latinos hasta los de la generación anterior a la mía, y confieso que pocas veces he escuchado ni leído oración tan hermosa como la que oí, a través de aquella puerta de cristales, dirigida por el viejo prohombre republicano al General, bajo cuyo mando y obediencia estaban las fuerzas que podían hacer prevalecer la voluntad y soberanía de la nación, o por el contrario someterlas una vez más a la tiranía y la injusticia.

La natural elocuencia de Lerroux, aumentada seguramente por la suprema emoción del



En su propósito de reducir cualquier foco de hostigamiento o resistencia, Sanjurjo ordenó que se situaran piezas de artillería y ametralladoras en lugares estratégicos de la capital sevillana. He aquí uno de esos puntos, frente al Gobierno Civil.



momento, cuya importancia prestaba fuerza y vigor, pintó con vivos colores todo el dolor de España... Toda la injusticia de que el pueblo había sido víctima a través de su historia... Toda la violencia con que se habían aniquilado siempre sus ansias de redención... Todo lo que los republicanos anhelaban dentro del orden y la justicia y cuál era la misión que le correspondía cumplir al Ejército para acrecentar estas posibilidades.

Sanjurjo escuchó en un silencio absoluto y seguramente produciéndole honda impresión, porque al terminar Lerroux y comenzar él a hablar lo hizo con voz velada por la emoción.

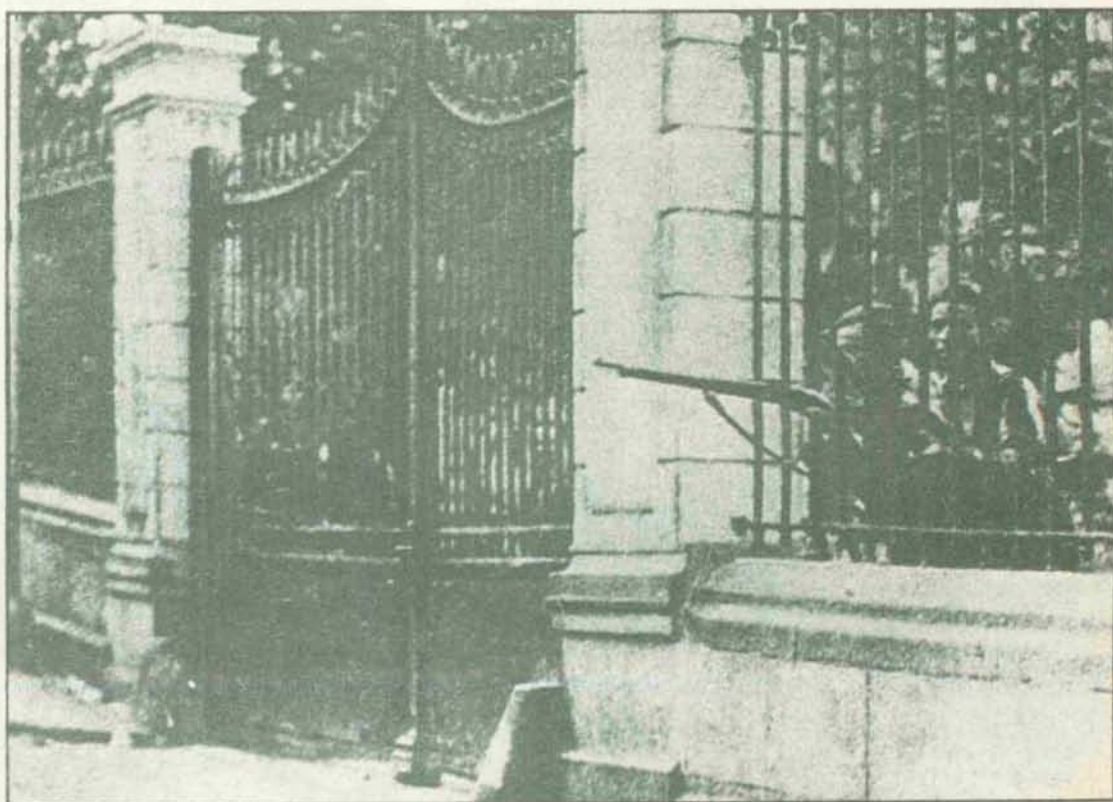
Su respuesta puedo concretarla aún hoy, a través de una veintena de años en estas líneas, que reflejan fielmente su sentido y reproducen casi exactamente las palabras:

*«Yo, dijo, no me he sublevado y no quiero sublevarme... Para eso no pueden ustedes contar conmigo... Ahora bien, soy español y soldado y esto que pasa tiene que arreglarse de alguna forma, que no puede ser otra sino que la nación, el mismo pueblo, decida. Como soldado les digo, a usted y a sus amigos, que mientras tenga el mando que tengo, y lo tendré porque no me lo dejaré quitar, al ejército no se le meterá en más aventuras, ni habrá más dictaduras en su nombre. Cumplirá su misión de poner su fuerza, que es de la nación, al servicio de la ley y de la justicia. Por esto les digo a ustedes que si hay elecciones, éstas serán las más honradas y sinceras que se hayan podido verificar jamás en el*

*mundo. Y si de ellas sale triunfante la República, porque España la quiera, la Guardia Civil bajo mis órdenes no permitirá que se desconozca esa voluntad, ni que las elecciones sean anuladas, sino que habrá que cumplir lo que la nación haya dicho. Si no hay elecciones, o ustedes no van a ellas, pero por otro medio inequívoco de expresión de la voluntad nacional, como huelga general, cierre de comercio, etc., en fin, una forma cualquiera que sin género de duda exprese la voluntad colectiva y ésta se manifiesta por la República, ¡habrá que acatarla! Más no puedo ofrecer; pero esto que le digo a usted, don Alejandro, le aseguro que lo cumpliré, como hombre, como caballero y como General».*

—«¡Pues no necesitamos más, mi General!»  
—exclamó don Alejandro—. Yo no sé si habría o no las palmaditas en las rodillas de que habla Lerroux en su libro; anora lo que sí aseguro, por el ruido que percibí de palmadas en hombros o espaldas, es que en este momento solemne y final los dos personajes se abrazaron y Lerroux, como despedida, dijo al General: «Será usted el salvador de España, de la libertad y de la justicia».

La histórica entrevista había terminado. Y yo entré a ver a Lerroux que estaba radiante y conteniendo a duras penas lágrimas de emoción. Me abrazó y me dijo con jocosidad, sin duda para contener y compensar lo emocional: «Como sé que no es usted tonto, estoy seguro que habrá usted cometido la indiscreción de escuchar detrás de la puerta; por eso



La sublevación del general Sanjurjo tuvo muchísimo menor alcance en Madrid que en Sevilla, único lugar éste en que realmente se produjo una toma del poder. La capital española sería, no obstante, escenario de algunas intenciones, como la de asaltar el Ministerio de la Guerra, a cuya guardia vemos disparar contra un grupo de revoltosos.

# AHORA

DIARIO GRAFICO

Propietario: LUIS MONTES,  
 Sr. LUIS DE MIQUEL.

Director: M. CHAVES NOGALES.

PRECIOS DE SUSCRIPCION  
 MADRID ——— 2,00 pta. al mes.  
 PROVINCIAS ——— 2,50 pta. trimestre.  
 EXTRANJERO ——— 3,00 pta. trimestre.

Apartado 8.094.

PASEO DE SAN VICENTE, 19

Teléfono 18340

## LA INTENTONA MONARQUICA FUE SOFOCADA RAPIDA Y DECISIVAMENTE EN MADRID

### De madrugada se ha dominado la sublevación que acudillaba el general Sanjurjo en Sevilla

EL GOBIERNO DISPUSO LA SALIDA INMEDIATA DE FUERZAS PARA SOFOCAR EL FOCO DE LA REBELION EN LA CITADA CAPITAL ANDALUZA

EL PRESIDENTE DEL CONSEJO EXPUSO ANTE EL PARLAMENTO LOS ANTECEDENTES DE LA REBELION Y LAS MEDIDAS ADOPTADAS PARA COMBATIRLA

"El ejercicio de la función de Gobierno—dijo el señor Azaña—consiste en entregar los culpables a la Justicia"

LA CAMARA, POR ACLAMACION, APROBO UNA PROPOSICION DE CONFIANZA AL GOBIERNO

El Gobierno ha ordenado la suspensión de los diarios "A B C", "El Debate", "El Siglo Futuro", "Informaciones", "Diario Universal" y "El Mundo" y de la revista "Marte"

Los periódicos de la tarde del 11 de agosto ya daban cuenta del fracaso de la revuelta de Sanjurjo, así como de las medidas de seguridad tomadas por el Gobierno. Con los titulares de "Ahora" resumimos los que con tanta avidez leyeron los españoles durante estas confusas jornadas.

nada le cuento. Tengo ya que marcharme. Avise usted a Besteiro para que venga a cenar conmigo aquí mismo pasado mañana, domingo, a las ocho de la tarde. Y venga usted también, querido Perico —pues así me llamaba en estos trabajos revolucionarios por creer, a mi juicio con bastante ingenuidad, que esto servía para ocultar o disimular mi nombre y apellido.

### UNA CENA TAMBIEN HISTORICA

De acuerdo con la invitación de Lerroux, el domingo siguiente a la entrevista que relatada queda anteriormente, cenamos en la misma casa donde se había celebrado, don Julián Besteiro, don Alejandro Lerroux, el dueño de ella —cuyo nombre no digo porque aún vive, y ojalá sea por muchos años, en Madrid— y yo. Don Alejandro nos refirió con todo género de detalles la conversación mantenida con el General, repitiendo sus argumentos y la respuesta emocionante de Sanjurjo. Besteiro se entusiasmó —y era poco propicio a los entusiasmos— con el relato de la actitud del General, considerándola como decisiva en cualquiera de las situaciones a que pudiera dar lugar el desenvolvimiento ulterior de los acontecimientos.

Se convino que si la convocatoria de las elecciones no era en términos satisfactorios y aceptables, se publicaría —previo acuerdo con el Gobierno provisional de la futura República— un manifiesto, que Lerroux iría redactando ya y que inmediatamente después de publicado sería aceptado y hecho suyo por

el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores. Al propio tiempo se comenzarían los preparativos de una huelga general y la organización de actos protestativos de Universidades, Academias, Ateneos, Cámaras de Comercio e Industria, Colegios de Abogados, Médicos, etc., y a ser posible un cierre general del comercio, para cuyos actos se consideraba contar con elementos suficientes para bien organizados, lograr un éxito que fuera, como Sanjurjo había expresado, manifestación inequívoca de la voluntad nacional.

Iniciados estos trabajos y tras todas las peripecias políticas que dieron vida al Gobierno Aznar y a la anulación del Decreto convocando elecciones de Diputados a Cortes y sustituyéndolo por el de convocatoria de las municipales para el día 12 de abril, y conformes todos en intervenir en éstas para tratar de estos extremos, celebró Lerroux su segunda conferencia con Besteiro, y según posteriormente me dijo, se había entrevistado también con Sanjurjo, que le había reiterado los mismos ofrecimientos de garantía completa de la sinceridad electoral y respeto absoluto a lo que resultara de los comicios, y cuya reunión había sido preparada por el propio Azpiazu, que había entablado una relación directa con él.

### SANJURJO CUMPLIO ESCRUPULOSAMENTE TODOS SUS COMPROMISOS

¿Cómo cumplió Sanjurjo la palabra dada? No es posible que nadie que viviera aquellas jornadas haya olvidado no ya la neutralidad, sino

La respuesta de la clase obrera sevillana ante la sublevación de Sanjurjo consistiría en una huelga general acordada para el día siguiente al levantamiento. Los manifestantes invadieron entonces las calles de Sevilla con el fin de hacer constar su apoyo a la República, lo que en esta imagen muestran ante el Gobierno Civil.



la devoción puesta al servicio de la libertad y de la justicia, con que la Guardia Civil cumplió su misión. La labor fue fácil y sencilla en las grandes ciudades, donde la avalancha de los votantes, conscientes de su derecho y deseosos de ejercerlo, representaban una fuerza incontenible e insobornable; pero allá en algunos contados sitios, donde el caciquismo quiso levantar la cabeza, la Guardia Civil por primera vez en las contiendas electorales españolas se puso al lado de la justicia.

Donde más claro, porque allí era donde se hacía más preciso y necesario, apareció el cumplimiento por parte de Sanjurjo de lo prometido, fue en la manera con que el Instituto de su mando confraternizó con el pueblo desde los primeros momentos, convirtiendo con su apoyo la legitimidad jurídica del triunfo conseguido, en legalidad de hecho, con la fuerza pública a su servicio.

Y si esto ocurría en la calle, en las discusiones en las altas esferas, la actitud del general Sanjurjo, no dejando concebir esperanzas, fue aún más decisiva. Pero dejemos al Conde de Romanones el cuidado de narrar esto, como lo hace en la página 28 de su folleto, al relatar la reunión que celebraron los ministros con asistencia de Sanjurjo, el domingo 12 por la noche en el Ministerio de la Gobernación y durante la cual se iban recibiendo las noticias cada vez peores del resultado electoral:

«Yo —dice el sagaz político Conde de Romanones— seguía atentamente los reflejos que producían en el rostro de Sanjurjo los resultados electorales que escuchaba; para mí el voto de más calidad de cuantos allí nos hallábamos era el suyo, sobre todo por el cargo que desempeñaba. Lo estimaba decisivo, por eso me decidí a

interrogarle diciéndole: «¿Mi General, y qué piensa usted del resultado de la jornada? ¿Qué piensa de cuáles serán sus consecuencias? Tardó en darme la contestación. Después me dijo: «Creo que en la Guardia Civil producirá hondo efecto».

En seguida Cierva precisó más, preguntando: «¿Cuál será su actitud?» El General contestó: «Hasta ayer por la noche se podía contar con ella».

Estas respuestas transcritas por el Conde de Romanones, son como el acta de defunción de la Monarquía, privada del apoyo de la fuerza, que se ponía al servicio de la nueva legalidad triunfante en las urnas. Y por si esto fuera poco, el propio Conde añade en la página 45 refiriéndose a una conversación con Alcalá Zamora el día 14 de abril... «En este momento Alcalá Zamora echa mano de un argumento supremo: poco antes de acudir al llamamiento de usted he recibido la adhesión del General Sanjurjo, Jefe de la Guardia Civil». Al oírle me derrumbé. Ya no hablé más; la batalla estaba irremisiblemente perdida...»

¿Qué puede añadirse a estas palabras del Conde? Absolutamente nada. Únicamente me permito repetir la extrañeza con que comenzaba este trabajo. Y es que no acierto a explicarme por qué no se dio a todo esto el realce debido. ¿Es que al término de una dictadura militar se tenía miedo a convertir en héroe a un General, que podría querer convertirse en un dictador? El temor pudo ser lógico, pero no era menor —y más difícil de evitar y contrarrestar— el peligro de que, al no ser héroe se convirtiera un día en un rebelde contra la República que él mismo tan eficazmente había contribuido a implantar.

¿Es que la República no hubiera ganado mucho con sumar a ella los altos prestigios, las grandes simpatías con que en el ejército contaba el General Sanjurjo? Claro es que esto hubiera descontentado a los ilusos, a los insensatos que sueñan con una República sin generales ni curas, y que por alimentar tales quimeras llevan a los pueblos a los abismos del militarismo y la teocracia en que se asfixian como se asfixia hoy España; pero hubiera sido una garantía para las personas de buen sentido que saben que a todas las instituciones, civiles, políticas, militares o eclesiásticas, no hay fuerza humana que las destruya mientras no han acabado su misión en la historia. Cuando esto ha ocurrido desaparecen por sí solas. Cuando no es así y por la violencia se las sojuzga, reaparecen con otros nombres. La experiencia histórica nos enseña que allí donde **se mata a los dioses antiguos** se diviniza en seguida a los hombres y se les tributa culto y adoración, como a los que se suponen desaparecidos para siempre. Y donde se dice acabar con el militarismo, se termina en definitiva militarizando a todo el pueblo.

El toque está —como diría Sancho— en mantener a cada uno dentro de su esfera, en un régimen de justicia y de derecho, y para lograrlo y sostenerlo hacen falta al servicio del poder generales prestigiosos. Por tanto, he creído siempre que no se procedió no ya justamente, sino ni siquiera con habilidad, no utilizando el valor y el prestigio que representaba Sanjurjo y que inicialmente puso al servicio de la República.

No ignoro que habrá muchos amigos y correligionarios míos que me objetarán, con apa-

rente razón, que la conducta posterior del General, sublevándose contra la República, desvirtúa en gran parte la argumentación. Sí, pero... ¿Por qué se sublevó Sanjurjo? ¿Fue por despecho, por pensar y creer que no se había apreciado y atendido su colaboración en forma debida? ¿Fue por un patriotismo exacerbado y que, mal conjugado con una incompleta comprensión de los problemas políticos, produjo tal resultado? Yo, aunque tengo por cierto que el patriotismo, tal como él lo entendía, era su principal resorte impulsor, creo que hubo en ello de todo un poco. Y la razón fundamental que tengo para seguir pensando —a pesar de sus actuaciones posteriores fuera de la ley— que quiso ser el General de la República, es que antes de elegir ese camino de violencia avisó a los republicanos del posible cambio de posición y conducta, y para transmitir el aviso eligió precisamente a la misma persona que le había llevado a él a pactar con ellos, esto es: a mí.

---

### III

## EUFORIA REPUBLICANA

---

Así como los rayos del sol ciegan o la luz de faros potentes deslumbra, así también la espléndida luminosidad de aquella magnífica explosión democrática que fue para España el 14 de abril de 1931, nubló la vista de muchos de los que no habían sido más que espectadores en aquella gloriosa jornada, y de los que en las anteriores habían contribuido a preparar-



Detenido Sanjurjo en las cercanías de Huelva cuando ya la sublevación por él encabezada había fracasado, fue conducido inmediatamente hasta Madrid, a la Dirección General de Seguridad. En el momento de entrar en ella, una mujer le grita «¡Criminal!» y Sanjurjo se vuelve airado, mientras un guardia pide silencio...: el fotógrafo estaba allí.

Con el fin de que la República se mantuviera alerta frente a sus enemigos y evitase por todos los medios la repetición de intentos como el del 10 de agosto de 1932, numerosas manifestaciones recorrieron las ciudades españolas. Esta tuvo como marco Madrid y su primer objetivo era pedir el castigo de los implicados en la «sanjurjada».

la. El advenimiento de nuestra República se produjo bajo todos los auspicios favorables, y nada apareció en los primeros momentos, aun teniendo en cuenta lo deleznable y tornadizo del pensamiento humano, sobre todo en sus manifestaciones colectivas que hiciera presagiar, ni mucho menos temer, su trágico desenlace.

Sin embargo, bien pronto aparecieron en el horizonte nubarrones que determinaron la borrasca dolorosa de los primeros días de mayo y que iniciaron los primeros síntomas de discrepancias y divisiones. Aquel trágico momento contenía el germen de todo lo que advino después, por causas y con causas, difícilísimo, si no imposible de prever y mucho más de evitar. A la segunda república española se la podrá tachar de lo que se quiera, según las opiniones políticas de cada uno, pero nadie con conocimiento de los hechos y criterio recto e imparcial podrá dejar de reconocer conjuntamente con la absoluta legitimidad de su origen, de la más pura esencia democrática, la excelsa buena fe de sus primeros gobernantes, lo noble de su intención, para conceder desde los primeros momentos, aun a los mismos enemigos y adversarios, la plenitud de los derechos de ciudadanía que precisan una verdadera madurez cívica para ser ejercitados y que constituían o podrían constituir un serio peligro en aquellos momentos de iniciación de un régimen.

Pero por una paradoja, no carente de antecedentes en la vida política española, se dio el caso de que no fueron los demagogos, los exaltados, los ilusos, los que soñaron con implantar quimeras utópicas, los que quemaron el primer cartucho. No fueron tampoco los soñadores revolucionarios los que quisieron revivir horas y reproducir estampas de trágico dramatismo callejero, viejas y exóticas. No; el pueblo dio en aquellos días el más alto ejemplo, no sólo de conciencia cívica, sino de grandeza espiritual y de generosidad para los vencidos. Fue de éstos de donde surgió el primer chispazo, impermeables a la nobleza con que se les trataba; sin gratitud para el hecho de altruismo político rayano en la ingenuidad con que, elegidos concejales, en nombre de una ideología y de un régimen monárquico que se había derrumbado por el impulso mismo de la contienda electoral se les admitió a la



constitución de los Ayuntamientos —y en algunos tenían mayoría y en el de Madrid veinte Concejales de cincuenta—, lo que bien evidenciaba el propósito del nuevo régimen y de sus gobernantes de regir los destinos del país con la colaboración de todos y el respeto a todas las ideas.

Bien a pesar de todo esto, aquellos elementos representativos de un régimen derrotado, más que derrotado caído por su propio peso, porque había cumplido ya su misión en la historia, pretendiendo ejercitar unos derechos de ciudadanía que el régimen que ellos representaban había sólo permitido ejercitar en una verdadera farsa, y desde hacía siete años, por vivir en una dictadura, anulado y desconocido por completo, solicitaron y democráticamente se les autorizó para celebrar un acto en el que, constituyendo una amalgama de las fuerzas más retrógradas y reaccionarias del país, iniciaban una ofensiva contra la República.

Esto exacerbó los ánimos. Surgió la disputa callejera y como consecuencia de ella, las lamentables y dolorosas escenas repudiadas por todos, de incendios de iglesias, etc. ¿Cuál fue el origen de esto? ¿Obra de exaltados enfurecidos? ¿Acción meditada y reflexiva de quienes, anti-republicanos, quisieran realizar una revolución de otro tipo? ¿Maniobra de agentes provocadores para deshonorar la recién nacida República?

Confieso que se me van la voluntad y la pluma para adentrarme en el estudio de tan sugesti-



vos problemas, pero... ni tengo espacio para ello, ni es este el momento oportuno. Baste por el instante decir que ello motivó que unos por impresionables, olvidando el comportamiento de sublime generosidad del pueblo en las horas que todo lo pudieron temer, y otros por mala fe, azuzando y estimulando el disgusto de esa dolorosa impresionabilidad, comenzaron a sembrar el descrédito diciendo que la República no era el régimen de orden y respeto que se había prometido.

El Gobierno, procediendo con respeto absoluto a los principios y deseoso de dar un alto ejemplo de tolerancia a todos y, sobre todo, de encauzar legalmente el régimen dando a todos y cada uno la tribuna adecuada de convivencia política y confrontación ideológica, acordó convocar inmediatamente las elecciones de Cortes Constituyentes. La medida es de una nobleza política, de una honradez democrática, de una respetuosidad con los derechos de la ciudadanía, que servirá de ejemplo en los tiempos futuros, cuando se estudie y analice desapasionadamente. Pero quizás hubiera sido más práctico, al ver que los enemigos pretendían atacar y que se disponían a ello, haber reforzado los poderes provisionales y al amparo de ellos haber reprimido las rebeldías y contenido las impacencias, estructurando el régimen para ofrecer después esta *estructuración en horas* de serenidad y calma a la aprobación colectiva. Esto hubieran hecho ellos. Nosotros preferimos, y yo lo

apruebo, que los representantes del pueblo mismo realizasen toda la obra legislativa del nuevo régimen. Y lógicamente se abrió la discusión, la contienda ideológica, y como la República había nacido de las elecciones, cada uno de los que habían votado, y aun los que no lo habían hecho, creían que su propio pensamiento era el espíritu del 14 de abril y, al verlo plenamente realizado, se sentían o defraudados o depasados por la marcha de la República.

En este ambiente comienza a generarse la rebeldía y la oposición del general Sanjurjo al régimen que eficazmente contribuyera a implantar. Pero ¿fue solamente ese disgusto, ese deseo de ponerse a tono con el ambiente de los medios en que él vivía, lo que le indujo a la rebelión? Aunque era hombre de conocimientos políticos primarios, de indudable buena fe y de honradez y hombría de bien y que juzgaba las cosas con nobleza, como tenía una pasión patriótica exacerbada y una concepción muy particular del patriotismo en relación con la política y el gobierno de los pueblos, que consideraba tan hacendera y ejecutiva como una orden militar, se le puede considerar entre los impresionables que se sintieron defraudados porque no se realizase el ideal de convivencia y orden que él se hubiera forjado, y sin duda alguna todo esto determinó en su alma un disgusto inicial.

Pero yo tengo por seguro, y no sólo es una opinión personal, sino que se funda en lo que él mismo me dijo, que movió además su ánimo, y quizás fundamentalmente, el dolor de considerar que no se habían apreciado justamente sus colaboraciones.

Cuando se produjo su acto de rebeldía yo escuché a muchos republicanos censurarle acerbamente, con la paradoja por parte de algunos de que graduaban la magnitud del crimen por la del servicio prestado para instaurar la República. Pero no le oí hablar a ninguno absolutamente nada de cómo se habían reconocido estos servicios. Y no es que yo quiera disculpar ni justificar la actuación rebelde, sino que, conocedor del alma humana, sé cuán poderosamente influyen esas causas en hombres del temperamento de Sanjurjo. Y no por móviles subalternos de ambición personal, sino por su propio patriotismo, que tal vez le hiciera concebir al prestar su colaboración al cambio de régimen, el pensamiento de que prestaba un servicio a España sirviendo a la República y contribuyendo a consolidarla, como lo había hecho para instaurarla. Pero por una reacción muy natural de su carácter, se sintió agraviado al no poder hacerlo.

Creo no se hubiera perdido nada, al contrario, se hubiera ganado mucho con asociar al general Sanjurjo a las responsabilidades de la gobernación de la República. Cualquiera que fueran sus discrepancias de pensamiento se hubieran podido conjugar fácilmente con los servicios que prestara, con la garantía que su nombre ofreciera dentro del ejército y en muchos sectores de la opinión fuera de él.

Por otra parte, no creo ofreciera grandes dificultades convencerle y conservarle al servicio de lo justo y razonable. Y no digo esto porque yo crea que fuese de comprensión limitada ni de voluntad maleable por ningún estímulo. Todo lo contrario, si bien, como dice Lerroux, carecía de dotes de polemista, en cambio pude apreciar en las diversas veces que el azar me permitió hablar con él, desde mis gestiones para aproximarle a los republicanos, que tenía un criterio claro, justo y rectilíneo, unido a una voluntad enérgica; pero como al propio tiempo sobresalía por encima de todo una gran nobleza, ella lo hubiera mantenido siempre —a mi juicio— en posición beneficiosa a las instituciones dentro del orden y de lo racional.

Yo confieso que al advenimiento de la República, yo y otros amigos conocedores de su actuación dábamos por descontado que Sanjurjo sería al menos Diputado de las Cortes Constituyentes y hasta sonó su nombre, me parece que por la provincia de Lugo y también por Melilla. Pero el proyecto, si lo hubo, no pasó de tal. Quien sí fue Diputado por una provincia gallega fue don Ubaldo Azpiazu.

Pero no fue lo peor que su nombre, como queda dicho en el primer artículo, dejara de sonar; sino que fue áspera y rudamente combatido. Recuerdo una sesión del Congreso en que un Diputado, a pretexto de no sé qué asunto, le llegó a llamar algo así como prototipo de la deslealtad y de la traición. Yo estaba asombrado al ver que nadie de los que debían conocer su intervención se levantara a exponerla seriamente, y tuve que frenar mi natural vehemencia para no hacerlo yo. ¿Es que Lerroux no lo había comunicado a los miembros del Gobierno? Me resisto a creerlo, aunque unas palabras de Sanjurjo que más adelante referiré arrojan sobre ello alguna nebulosa. Los socialistas tenían que saberlo, porque don Julián Besteiro no era capaz de silenciarlo; pero, ¡claro es! si los republicanos que habían pactado con él callaban ¿iban a erigirse ellos en defensores de oficio del que los otros no defendían explicando su actuación? No les quedaba otra cosa que hacer que callar, como callé yo, aunque más tarde he sentido por ello

cierta especie de remordimiento. Al terminar la sesión crucé un comentario amargo y brevísimo con don Julián Besteiro, el que me contestó compartiendo mis sentimientos con una de aquellas miradas suyas que eran reflejo de su alma superior y verdaderamente sublime, que le hacían acreedor a la admiración y el cariño de todos. Yo se lo profesaba como a pocas personas.

### **UNA INCOGNITA PINTORESCA QUE TODAVIA NO HE DESPEJADO**

Al advenimiento de la República uno de los fenómenos más curiosos que se produjo fue el distinto criterio que en relación con sus hombres siguieron las gentes aristocráticas. Mientras unas marcharon al extranjero boicoteando al nuevo régimen, otras nos distinguieron con su odio feroz o, cuando menos, con sus burlas acerbas y sus insultos, y otras por el contrario sentían la curiosidad, no sé si malsana, de conocernos y tratarnos; tal vez para examinarnos como a «bichos raros».

Una distinguida dama de la más linajuda aristocracia sintió el deseo de conocer y examinar al Alcalde popular, y eligió como emisario para trabar conocimiento conmigo a un señor cuyas actividades no dejaban de ser pintorescas. Era un señor Villanueva, creo que don Francisco; hombre mundano, inteligentísimo y muy fino, que se dedicaba a la rara actividad de poner en relación a los matrimonios desavenidos, no para reconciliarlos, sino para obtener la anulación de su matrimonio. En este, como en otros aspectos, se da la paradoja de que se ha censurado a los republicanos la implantación del divorcio por los mismos que más lo han utilizado, y que les salía más barato, aunque menos completo, que las anulaciones canónicas que les proporcionaba el señor Villanueva en combinación con abogados franceses. Yo había tenido relación con este señor por dos asuntos profesionales y al ser elegido Alcalde fue a felicitar me y al propio tiempo me planteó el deseo de la dama en cuestión de invitarme a una comida. Me negué con disculpa cortés, y al insistir por segunda vez, me encontró de mal humor y le contesté «que yo no quería ser de los que Pío Baroja califica de familias e individuos trepadores...».

### **UNA COMIDA QUE PUDO SER TAMBIEN HISTORICA**

Un buen día, en la primavera de 1932, recibí en el Ayuntamiento una atentísima carta del glorioso escultor don Mariano Benlliure, por

la que me invitaba a ir a almorzar a su casa a los dos días. La invitación me dejó confuso. Yo trataba personal, pero muy superficialmente, al ilustre don Mariano. Además de gran artista era hombre muy popular y llevábamos muchos años de coincidir en los toros y teatros. Esto no era motivo para invitarme. Por otra parte, era personalidad de tanto prestigio y relacionada y admirada por todo el mundo que no cabía pensar lo hiciera por relacionarse con el Alcalde de Madrid. Me informaron que el Ayuntamiento anterior le había encargado un proyecto de monumento al que fue popular Alcalde madrileño don Alberto Aguilera. A esto atribuí la invitación y por no parecer descortés ante su amabilidad y porque no se pensara que escamoteaba el homenaje a mi glorioso antecesor, acudí a la comida.

## EL DESTINO, TROCANDO LOS PAPELES, ME CONVIERTE EN EMISARIO DE SANJURJO CERCA DE LOS REPUBLICANOS

Me designaron puesto en la mesa, entre la dama y Sanjurjo. Hablé largamente con la dama, que inteligentísima y muy discreta no extremó el examen y rio de buena gana al decirle yo que sabía que quería examinarme como a pájaro de raro plumaje.

A los postres, Sanjurjo me planteó el problema rudamente: «¿Recuerda usted, Alcalde, mi conversación con Lerroux?» —«¡Cómo no, mi General!» «Pues convendrá usted conmigo en que las cosas no van por el camino que se me dijo.»

Procuré satisfacerlo sin entablar una discu-



El general Sanjurjo declara ante el Consejo de Guerra encargado de juzgarle tanto a él como a quienes había apoyado su revuelta. Fueron unos días de tensa espera, de difícil vigilia, aguardando que el Tribunal dictaminase la pena contra aquellos que intentaron interrumpir por la fuerza la marcha de la II República.

Mi sorpresa fue inmensa al entrar en el antecomedor y encontrarme de manos a boca con la linajuda dama acompañada de una hija de don Natalio Rivas, y del señor Villanueva. No había más remedio que resignarse y mientras, pensando en el tesón de las mujeres para conseguir lo que quieren, lo mismo si las impulsa el amor que si las mueve la curiosidad, estaba dispuesto a dejarme examinar por la aristocrática dama, apareció el comensal que habían dicho que faltaba: don José Sanjurjo. La misma sorpresa que expresó al verme me hizo pensar que sabía que yo era uno de los invitados. Desde aquel momento, no sé si la comida se preparó a instancias de la dama, del General, de los dos, o si fue mera coincidencia.

sión política, pero me atajó rápidamente diciendo: —«Comprenderá usted que no me importa nada lo personal..., yo ya he tenido en la vida más honores de los que pudiera desear. ¡Qué me importaría ser Diputado! ¡Lo hubiera sido de quererlo! Lo que me importa, hoy como hace un año, es España, y hoy como entonces la situación hay que resolverla. Yo no me he sublevado nunca. ¡Y no quisiera tener que hacerlo..., pero si las circunstancias me obligan...!».

La conversación era insostenible por mi parte y tenía que poner las cartas boca arriba, así que le dije: «Mi General, esto que usted me dice ¿es una prueba de confianza y de amistad que me otorga, en cuyo caso agradeciendo el



honor que representa, la olvidaré? ¿O es que recordando que fui yo quien le puse en relación con los republicanos, me hace también el honor de elegirme para que les exponga su actitud? «Exacto, Alcalde, ha interpretado usted fidelísimamente mi pensamiento, exclamó. «En ese caso, esta misma tarde se lo comunicaré a Lerroux.» «No, me replicó rápido, Lerroux (?) ya lo sabe, solamente a otros» «¿A quién?» «Usted lo sabe, amigo Rico.» «Lo supongo, pero prefiero me indique usted los nombres.» «No tengo inconveniente, dijo; al Presidente de la República, don Niceto Alcalá Zamora, y al del Gobierno, don Manuel Azaña.»

«A este último se lo comunicaré esta misma tarde, le respondí, y a don Niceto en cuanto me conceda la audiencia que le pediré hoy mismo. Y no sabe usted, mi General, cuán intensamente deseo tener éxito en la gestión... ¡Porque sería tan doloroso!...» «Para mí, más que para nadie, replicó rápidamente, puede usted creerme. Pero tendría que hacerlo antes de que lo hicieran otros y llevaran al Ejército a una aventura de la que no pudiera salir, y que es lo primero que hay que evitar.»

¡Si en el año 36 el General Sanjurjo seguía pensando como en el 32, ello no descubrirá el misterio de su muerte; pero sí evidenciaría a quiénes ha beneficiado!

### COMO CUMPLI MI DESAGRADABLE MISION

Aquella misma tarde, como había prometido al General, vi a don Manuel Azaña en el saloncillo de ministros del Congreso. Le expliqué concisamente toda la conversación. Me pareció que se impresionaba profundamente, porque él, que casi nunca reflejaba exteriormente lo interno de sus pensamientos, hizo varios gestos de contrariedad. Después hizo una larga pausa, como reflexionando, y al fin dijo: «Bueno, ya veremos qué se puede hacer». «Si tiene usted algo que comunicarme me lo dice, porque yo le he dicho a Sanjurjo que si usted no me decía nada, no le volveré a ver, y que sólo para comunicarle alguna noticia suya le buscaría.» «Sí, sí, me replicó, en caso preciso yo le avisaré.» Y así terminó mi gestión con don Manuel Azaña, al que silenció que había de cumplir el mismo encargo cerca del Presidente —pues no me hizo indicación alguna, ignorando yo si realizó alguna gestión o no por medio de alguna otra persona.

El Presidente, don Niceto Alcalá Zamora, me convocó para dos días después a las once de la mañana. Tenía bastante gente esperando, lo que me contrarió grandemente, porque ello

desbarataba mis propósitos de amplios comentarios. Al exponerle el asunto de que se trataba, me pidió le narrase la entrevista con todo género de detalles. Como tengo buena memoria —el talento, según dicen, de los tontos— se la referí puntualmente. Me escuchó con viva contrariedad, haciendo movimientos nerviosos con la cabeza, y cuando terminé, dijo como para sí mismo: «Lo presentía, lo sospechaba y lo temía». Guardó un meditativo silencio y al cabo de él, sin decirme una palabra, como abismado en la reflexión, se puso en pie, dando por terminada la entrevista. Yo, animado por la gran confianza que con él tenía de antiguo, me atreví a decirle: «Yo creo, señor Presidente, que se debiera hacer algo».

Entonces, con el cariño que me tuvo siempre (hasta que una lamentable circunstancia hizo aparecer mi voto el primero en su destitución y fue por él mal interpretado. Yo no le guardé rencor y hoy tengo verdadera veneración por su memoria), poniéndome la mano sobre el hombro me dijo: «Y yo también, querido Pedro, pero usted no ignora que en política no se puede hacer casi nunca lo que se cree, lo que se piensa, ni aún lo que se debe, sino lo que le dejan a uno hacer. En fin, ya veremos. Muchas gracias y si preciso su intervención le avisaré». Y tendiéndome la mano me dijo como final: «Una cosa le ruego, y es que guarde secreto absoluto de esto hasta con las personas de su mayor confianza e intimidad». He cumplido hasta ahora la promesa del secreto que gustoso le otorgué.

No recibí ningún aviso. ¿Es que no se dio importancia al asunto? ¿Es que se hicieron ges-



Condenado a muerte, Sanjurjo sería posteriormente indultado. El penal del Dueso «acogió» en primer término al general, y en su patio fue tomada esta famosa fotografía donde, en medio de otros reclusos, una paloma se posa sobre la cabeza de Sanjurjo.

tiones por otro conducto? ¿Es que excesivas exigencias de Sanjurjo hicieron fracasar las negociaciones? Lo ignoro. La única noticia que tuve fue la desagradable de la sublevación de Sanjurjo en el mes de agosto de 1932. ¿Se hubiera podido evitar? ¿Hubiera cambiado esto el rumbo de la Historia de España? Incógnitas son a resolver en el futuro.

### SESION MUNICIPAL DOLOROSA

La rebelión se sofocó pronto. Don Niceto, en su libro «**Régimen político**», trata piadosamente a Sanjurjo y no hace de ella más comentario que el de «torpe intentona» que fue aislada por su falta de ambiente.

Dominada la sublevación y sometido Sanjurjo a un Consejo de Guerra, el Ayuntamiento de Madrid celebró, como era lógico, su sesión ordinaria. ¡Qué momentos más amargos pasé en ella! Un Concejal (1) hizo uso de la palabra pidiendo que el Ayuntamiento se pronunciara demandando para Sanjurjo un castigo ejemplar y que el Gobierno lo ejecutara sin demora. El Concejal que así hablaba sabía por su profesión que esto no podía hacerse. ¡Habla para la propaganda! Yo contemplaba desde el sillón presidencial los balcones de la casa en que se celebró la entrevista Lerroux-Sanjurjo, y a mi mente venían en tropel los recuerdos de la comida en casa de Benlliure y mis conversaciones con los dos Presidentes. ¡Qué momentos! Logré contener a unos y a otros, porque no era lícito poner a debate una cuestión y un hombre que estaban sometidos a los Tribunales.

Lo que me costó más trabajo —pero lo logré con tino, porque no podía exponer las razones que para ello tenía— fue contener a los Concejales de derecha que, una vez dictada la sentencia condenatoria a muerte, querían plantear al Ayuntamiento la cuestión de acordar que se pidiera el indulto. Yo no podía permitir que se plantease tal debate, porque cuando el Concejal a que antes me refería solicitó tales rigores de fallo y ejecución, don Manuel Azaña me llamó muy alarmado diciéndome: «¿Pero el Ayuntamiento acordará semejante barbaridad?» «Esté usted completamente tranquilo, al contrario, en su momento oportuno le pedirá a usted el indulto.» «¿Está usted seguro?, arguyó». «Segurísimo», le respondí. Meditó un instante y me preguntó: «¿En cuánto tiempo podría usted convocar y reunir una sesión extraordinaria del Ayuntamiento?» «En cuatro o seis horas, respondí muy satisfecho.» Terminó la entrevista con este ruego:

«No hagan ustedes nada, pero tenga todo preparado para, si yo le aviso, reunir rápidamente al Ayuntamiento; pero... ¡para pedir el indulto! ¿eh?» *Quede usted completamente tranquilo*», terminé. Yo también me marchaba tranquilo por la vida de Sanjurjo.

El indulto se concedió sin tener que recurrir a la petición municipal. La rebelión se liquidó con una generosidad por parte del Gobierno que no supieron agradecer. Todo pareció acabado. Pero el abismo estaba abierto. En él se enterrarían cientos de miles de españoles.

¿Por qué doy a la publicidad todo esto? Primeramente por un deseo, a la vez íntimo e irrefrenable, de dar satisfacción a mi conciencia y de contribuir al esclarecimiento de la verdad histórica.

«La rebelión de Sanjurjo —retratado junto a estas líneas— se liquidó con una generosidad por parte del Gobierno que no supieron agradecer. Todo pareció acabado. Pero el abismo estaba abierto. En él se enterrarían cientos de miles de españoles», señala Pedro Rico con la tristeza de quien vivió los acontecimientos que confluyeron en nuestra guerra civil.



Y, en segundo término, porque si la Historia ha de ser como decían los antiguos, «*magister vitae*» es preciso que recojamos todas sus enseñanzas... y una de las más importantes puede ser ésta.

Un día, más tarde o más temprano, tendrá que haber (los habrá ya quizás) un general o varios que sientan los dolores de España, que piensen que la misión del Ejército se sublimiza cuando se pone al servicio de la libertad de los pueblos. Y los españoles nos podríamos dar, no con un canto en el pecho, sino con la cabeza contra un peñasco, si se pusiese al lado de la liberación de España y de los españoles alguien del prestigio de Sanjurjo y en la forma en que él lo hizo; pero para que eso ocurra se precisa un examen de conciencia de todos y que todos sepan que, una vez conseguido el triunfo, no prevalecerá el criterio silenciador, por miedo a disgustar a los demagogos; sino que prevalecerá el del orden y la justicia, armonizando el derecho de todos. ■ P. R.

(1) Don Angel Galarza.